

Palabra por palabra. -

Veleidades generacionales

Después de largo coqueteo en librerías y bibliotecas de amistades ha caído en mis garras, por fin, la Antología de la Nueva Narrativa Chilena, titulada "Andar con cuentos" (Mosquito Editores, 1992), que cuenta con el patrocinio del Ministerio de Educación. Esta antología seleccionada y prologada por Diego Muñoz Valenzuela y Ramón Díaz Eterovic, quienes —curiosa y equívocamente— se antologan además.

Ya se sabe, toda antología posee el don del desacuerdo. No son todos los que están, ni los que están necesariamente son lo que dicen ser. Veamos: 36 autores (31 hombres y 5 mujeres). Cinco honrosas excepciones que se dan una mano para no quedarse fuera de texto. También se explica —dentro— que sobran dos autores que no autorizaron su publicación y faltan —justo— dos nombres que se atrasaron por lo mismo. O sea, a falta de cuentos buenos son los enredos.

Pongámonos serios, porque dicha gestión es cuestionable; demasiadas aristas pre y post-literarias a mi modo de ver. Por ejemplo, el corpus seleccionado incluye autores nacidos entre 1942 y 1962. ¿Cuál ha sido el criterio? Porque generacional no es, pues toma escritores al azar de las fechas y punto. Entonces, ¿el criterio de selección se basa simplemente en el gusto de los antologadores? Feo asunto, pues de la misma forma —arbitraria y fallible— debe ser criticada la obra de marras. Con gusto, así se hará.

Ahora bien, puestos en tal trance, mi gusto y mi selección se duelen por la ausencia, notorísima, de Carlos Olivárez, Diamela Eltit, Gonzalo Contreiras, entre los mayorcitos, y Alberto Fuguet, Andrea Maturana, Leonardo Gaggero entre los realmente nuevos. Además de la concentración de capitulinos, sólo una que otra voz de provincias, ahogada casi, pone las cosas en su verdadero lugar. Y vuelvo a interrogarme: ¿valga la pena tal derroche de buena voluntad, papel y tinta, para sólo una muestra parcial que no logra autorizarse por su falta de seriedad?

Pero lo más inaceptable es su absoluta carencia de método crítico, su incapacidad de análisis profundo y su selección acomodaticia a un prólogo que bien (des)merece por todo el libro. Sus autores (sic) se relevan de toda injerencia estética punible, culpando al minuto histórico, el quiebre del relevo generacional, la aparatosa presencia del mal. Así, los cuentos tienen necesariamente que tratar el tema político-histórico-social-económico de la dictadura. Con implicancias sociológicas y psicoanalíticas bien definidas, sin matices, ni sutilezas, menos fantasía e imaginación transgresoras de la realidad, propias de todo arte.

No todo es apocalipsis y entropía, también están los hallazgos, valiosos por su propio peso literario: Eduardo Correa, Ana María del Río, Ramón Díaz, Carlos Franz y Roberto Rivera entre los verdaderos artífices del género. Hay denuncia, pero también, emoción. Experimento y sensualidad verbal. Ojo certero para el tiempo y mano sin temblores para los finales. Hay, además, los valores nuevos. Verdaderas joyas en este lodazal: Víctor Bórquez, César Díaz-Cid, Silvana Riqueros y Carolina Rivas. Allí habita el futuro esplendor de este campo bordado de palabras.

Estos nuevos cuentistas a carta cabal tienen más de una novedad en sus valijas de mano llamadas cuentos, pues llevan viajando/leyendo casi 2000 años. Y aún logran emocionarnos. Como la maldición de la literatura —en clave fantástica— de Víctor Bórquez desde Antofagasta. El encantamiento adolescente de las palabras, para el voraz lector sobre el cerezo valdiviano, César Díaz-Cid. La audacia que violenta nuestra hipocresía, la ambigüedad y la transgresión son materiales cotidianos para Silvana Riqueros. Poética simplicidad, Carolina Rivas nos desarma con mujeres desnudas de todo falso oropel, llámese lujuria o vanidad masculinas.

Una antología de narradores no nace por generación espontánea, ni es antojadiza junta de conocidos y socios con poder. La historia que cuenta este libro más se parece a la otra —la real— por los oscuros mecanismos del poder y la mediocridad que cualquier ficción de autor conocido. Así las cosas, andar con cuentos es ocultar la verdad, antes y ahora, aquí y en la quebrada del ají. Llamémosles "cuenteros"... será mejor...